

A diez años del Concilio

¿HUMANISMO FRENTE A CRISTIANISMO?

¿Por qué se preocupan tanto del hombre y se olvidan de Dios algunos cristianos? La acusación no es nueva. Surge con frecuencia en los momentos en que las corrientes cristianas de renovación toman en serio a Jesús, expresión plenamente humana de Dios. El ataque de quienes esperan llegar a Dios por el distanciamiento del hombre no se hace esperar, cuando se trata de hacer real la advertencia de que "¿cómo podrá amar a Dios a quien no ve el que no ama a su hermano a quien ve?" (1 Juan 4,20). Porque los seguidores de Jesús no son los que se limitan a decir "Señor, Señor", sino que "la religión pura y sin mancha a los ojos de Dios Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y precaverse de la corrupción de este mundo" (Santiago 1,27).

Para el hombre religioso siempre está presente la tentación de disolver a Jesús, Buena Nueva que desata las fuerzas liberadoras del hombre oprimido, en una religión más de esas que construyen la fantasía y la necesidad humanas. Así mismo la tendencia a reducir el mensaje de Jesús a un humanismo cerrado —que al cabo se vuelve contra el propio hombre— es una realidad permanente en los cristianos que toman en serio las concretas necesidades del prójimo. Las tensiones de los primeros siglos, que dividieron a los cristianos y motivaron los grandes concilios, estaban marcadas por la dificultad de transformar la comunicación de Dios al hombre en una fuerza humanizadora y de encontrar a Dios en la construcción de la fraternidad humana. Este es el fondo de las disputas sobre la humanidad y la divinidad de Jesús.

EL DIFÍCIL CAMINO DE JESÚS.

"Yo soy el camino", afirmó desde su debilidad humana Jesús de Nazareth. ¿Frase irreal de visionario iluminado? Vinieron los vientos, cayeron las lluvias y la broza de los siglos borró las huellas de muchos caminos reales y calzadas romanas. Hoy Jesús sigue siendo camino. Contra todos los pronósticos de los científicos y empeño de poderosos. Los historiadores buscan explicaciones. Los cristianos entendemos que, como dijera el poeta, Jesús no es el camino trillado que se deja tras los pies, sino el camino que se va haciendo día a día con la fuerza interna de la humanidad que busca la trascendencia derribando las barreras antihumanas. Recibimos la llamada para correr la aventura apostando la vida a favor de la esperanza de una humanidad fraterna, posible por la fuerza de Dios hecha humanidad en nosotros. Como cristianos marchamos a tientas haciendo este camino de Jesús, con frecuencia detrás de otros que sin conocerlo corren más ligeros. A pesar de nosotros mismos y de todas las evidencias pesimistas contra esta esperanza (guerras, corrupciones, adoración de la máquina y manipulación refinada y sin límites del hombre) no podemos menos de creer. No podemos echar el ancla, ni plantar tienda estable en tierra alienada, cuando el hombre que todavía no somos nos llama a hacer el recorrido que conduce a la plenitud humana. Es el camino del Hijo del hombre. Creemos que lo que todavía no somos es más verdadero que la pesada evidencia de lo que somos hoy: humanidad rota y alienada.

¿Pero qué camino es el que vamos haciendo? ¿Es el del hombre? ¿Es el de Jesús liberador? ¿No es el de las fuerzas que usufructúan y señorean este mundo y nos utilizan como fieles guardianes del poder? ¿No es el de religiones que en nombre de poderes sobrenaturales, poderosos y terribles, cargan las espaldas del pobre humano con pesados fardos? Es la pregunta evangélica de Jesús hecha cada día a todo cristiano y a la Iglesia entera: ¿Es nuestro cristianismo verdaderamente humanismo? ¿Es nuestro humanismo verdaderamente cristiano?

LA HEREJIA DEL CONCILIO

Juan XXIII, uno de los hombres de nuestro siglo que más humanamente comunicó la palabra de Dios a los hombres —cristianos o no—, convocó el Concilio Vaticano II movido más por

un sabio instinto cristiano que por cálculos políticos de hombre instalado en el poder. Sin embargo, para muchos guardianes de la Iglesia su paso por el Papado ha sido una pesadilla, una de esas calamidades que Dios permite de cuando en cuando en su Iglesia. Ellos están dedicados a tiempo completo a rescatarla de ese "desastre". El hombre de la Iglesia que ha olvidado la tradición cristiana. El que en la zozobra del naufragio de los últimos siglos (que hizo pensar que al hundirse los reyes absolutos y la ignorancia humana se hundiría la Iglesia) arrojó por la borda toda aquella riqueza humana y libertad de Jesús y de los cristianos más recios que iluminaron los siglos. Este hombre se repliega en la falsa seguridad del salvado por haberse desentendido de los hombres y "ocupado en las cosas de Dios". Se acoge a sagrado mientras afuera parece la humanidad. Y desde ese templo —ya juzgado por Jesús— lanza la acusación de humanismo contra el Concilio. Correspondió al Papa Pablo VI responder desde la orilla evangélica a este miedo-peligro-acusación. Hace diez años el 7 de diciembre de 1965 en la clausura del Concilio recogió la pregunta que estaba en muchos ambientes "¿se ha desviado acaso la mente de la Iglesia en Concilio hacia la dirección antropocéntrica de la cultura moderna? Desviado no; vuelto sí".

Y no se trata simplemente de dirigirnos al hombre de hoy para enseñarle nuestras tesis escolásticas, nuestras lecturas de libros, nuestras meditaciones. Se trata de que "tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla; por decirlo así de alcanzarla en su rápido y continuo cambio". Tampoco es un comprender meramente táctico, para ver cómo vendemos mejor nuestra mercancía, cómo atraemos a los clientes perdidos. Se trata de volvernos al hombre para encontrar a Dios: "Y si recordamos, venerables hermanos e hijos todos aquí presentes cómo el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el rostro de Cristo (véase Mateo 25,40), el Hijo del hombre, y si en el rostro de Cristo podemos y debemos, además reconocer el rostro del Padre celestial: "Quién me ve a mí —dijo Jesús— ve también al Padre" (Juan 14, 9), nuestro humanismo se hace cristianismo, nuestro cristianismo se hace teocéntrico; tanto que podemos afirmar también: PARA CONOCER A DIOS ES NECESARIO CONOCER AL HOMBRE".

"¿Estaría destinado entonces este Concilio, que ha dedicado al hombre principalmente su estudiosa atención, a proponer de nuevo al mundo moderno la escala de las liberadoras y consoladoras ascensiones? ¿No sería, en definitiva, un simple, nuevo y solemne enseñar a amar al hombre para amar a Dios? Amar al hombre —decimos—, no como instrumento, sino como primer término hacia el supremo término trascendente, principio y razón de todo amor, y entonces este Concilio entero se reduce a su definitivo significado religioso. . ."

NUESTRA RESPONSABILIDAD CRISTIANA HOY

Esta profunda invitación del Concilio a toda la Iglesia no es una tarea que concluye en una década. Más bien es el trabajo de una vida, es la vida misma. Y es obligado preguntarnos si la mayoría de los cristianos siquiera hemos comenzado en serio la búsqueda del encuentro con Dios en la construcción de la fraternidad.

Recientemente representantes de todos los jesuitas del mundo se han reunido en Roma para reflexionar sobre esta tarea. Ellos se preguntaron "¿Qué significa hoy ser Compañero de Jesús?" y llegaron a la siguiente respuesta: "Comprometerse bajo el estandarte de la cruz en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la justicia que la misma fe exige". El Papa nos advirtió de las dificultades y tentaciones que vamos a encontrar en este camino y nos recordó que por vocación nos ha tocado estar "en las encrucijadas de las ideologías y en el corazón de los conflictos sociales, allí donde se encuentran cara a cara las más ardientes aspiraciones de los hombres con el mensaje permanente del Evangelio".

Sin duda esta compenetración con el hombre de hoy en sus múltiples facetas, con el hombre que sufre, la falta de fraternidad real comprende como central la injusticia social, la dominación del hombre por el hombre, las estructuras sociales que condicionan esta dominación y que producen el hartazgo y el patear del pan mientras alrededor de la mesa social los demás mendigan migajas. Y esto, hoy y aquí en Venezuela es, entre otras cosas, petróleo, corrupción, desalojos de barrios, inflación, cultura alienada y también todos aquellos esfuerzos a favor del hombre que constituyen la lenta y modesta construcción de gérmenes de esperanza llamados a dar fruto. De espaldas a este hombre no podemos ser cristianos. Este es el trabajo que con todas las dificultades, limitaciones y contradicciones tratamos de llevar adelante en SIC.

Comunicamos a nuestros lectores en las páginas de color dos de los documentos centrales de la Congregación General XXXII donde los jesuitas tratan de definir su tarea central. Ellos nos han motivado a reflexionar sobre el verdadero camino de Jesús.